AGRADECIMIENTOS

A Dios:

Por concederme la vida y no
permitir que fuera polvo del camino
o agua de un arroyo.

A mi abuelo con cariño:

Señor Don J. Alberto González M.
de San Andres Tuxtla, Ver.
Por haber educado a mi
"viejo" bajo una
rigida honestidad.

A mis amadísimos padres ya fallecidos:

Señor Don Alberto O. González
y Doña Rosario Colina Gómez.
Los que frente a tantas
amarguras, fracasos
y malos augures míos,
se obstinaron en
educarme enviándome a
una Universidad.

A mi hermana Luz María
con mi eterna gratitud:

Por el inmenso amor y absoluta
dedicación que siempre mostró para cuidar a
nuestra querida madre
durante toda su vida.

A la Universidad
de Puebla y sus
maestros:

Gracias por haber
limado mis asperezas
y por dotarme de
múltiples enseñanzas.

A mis bellísimas
y dulces amigas
españolas Rocío y
María Dolores
Pérez González:

Por haber cotejado,
corregido y ordenado
mis primeros
apuntes.

A la Señora Doña
María de los Angeles
Corral Rodríguez:

Por haberle puesto punto
final a esta obra.

ALBERTO ORTIZ COLINA

Rosas para Mamá

Por las noches, cuando miro a las estrellas,
veo en ellas tus ojos fulgurantes,
que amorosos me acarician y bendicen,
tratando de hacer menos difícil
mi amargura por tu ausencia
que no acabo de entenderla.

Mas fue la voluntad del Dios Eterno,
que tu volaras presurosa entre sus brazos.
¡Se feliz Madre mía,
donde quiera que te encuentres,
mientras yo guardo tu nombre...
entre mis labios!

Luz María González Colina

DOS PUEBLOS GEMELOS
COSOLAPA Y TEZONAPA

O. ALBY

1993

TITULO ORIGINAL DE LA OBRA:

EL ULTIMO BOHEMIO

AUTOR:

ALBERTO ORTIZ COLINA

EDITORIAL:
NACIONALISTA OAXAQUEÑO
PORFIRIO DIAZ

El silbido del tren interrumpió la quietud de la mañana, me recargué en el viejo y retorcido tronco del amate, que osado se asomaba al precipicio.

El director de mi vida y mi futuro, me tenía prohibido me asomara a la grieta cuando el tren rodara en sus carriles. Yo no entendía los momentos de angustia que pasaba papá, cuando yo trataba de ver subir por la cuesta a los convoyes.

Me colgué de las ramas del árbol. Abajo del talud podía ver los durmientes de madera que sujetaban con clavos las cintas de acero que brillaban centelleantes como el sol de la mañana.

La locomotora trepaba la pendiente; el convoy debía ser muy pesado porque la máquina jadeaba al subir por la ladera y dejaba escapar espesas nubes de humo, que ascendían al espacio en forma de hongos alternados. A la altura de sus ruedas, escapaba silbando el vapor al salir de los émbolos motrices. Poco después, la locomotora probaba su potencia y arrastraba en forma firme a sus vagones.

Las góndolas cargadas de caña de azúcar eran llevadas al trapiche del pueblo de Tezonapa. Desde donde me encontraba podía ver la alta y recta chimenea del ingenio, que vomitaba humo negro e intangible en el espacio.

Del otro lado de la vía férrea vivía Joaquinita, la mamá de Melitón. Cuando el convoy fue tragado por la curva del camino, apareció ella a la puerta de su choza. Su agudo grito cruzó el espacio y me llamó:

–¡Ven, tengo tortillas calientes!

La gula no es pecado que me detenga. Bajé y trepé por la escarpada pared del lado contrario del zanjón. En

la puerta del jacal, Melitón y su mamá me esperaban. Ella sostenía entre sus manos unas pitayas. Las había cortado con un viejo y mutilado facón; el jugo de la pulpa, rojo como grana, escapó de la herida de la fruta. Melitón y yo las disfrutamos.

El era mi amigo y daba la impresión de ser una copia exacta de esas caras sonrientes que los olmecas habían dejado abandonadas en las zonas arqueológicas de Veracruz.

Joaquinita palmeó tortillas sobre hojas tiernas de plátano. En el fogón crepitaban leños que se volvían encendidos tizones y de abajo del comal escapaban rojas lenguas de fuego. Las blancas hostias cayeron sobre la candente superficie y minutos después devoramos las tortillas ya cocidas.

Después de comer, Melitón y yo bajamos al arroyo. Entusiasmaba escuchar el murmullo de la corriente que serpenteaba entre el verde y tupido follaje de la jungla. Ibamos armados con el facón de Joaquinita. La ancha hoja de acero, hirió el lomo del mundo, la tierra dejó entrever sus negras entrañas y Melitón hundió sus manos en ella.

-REGRESO CON UNA VARA-

-¡Desmenúzalas!- indiqué.

Poco después coleando desesperados, aparecían varios gusanos. Los echamos en un bote. Nos sentamos al borde del arroyo. Luego, Melitón se levantó y se marchó. Regresó con una vara que llevaba atada a su punta un cordel con un anzuelo.

Hundí mis pies en el agua, era agradable sentir su caricia en medio del cálido día de verano. Le tendí a Melitón el bote con gusanos, me parecía cosa de tiranos ensartar a un ser indefenso en el amenazante garfio de acero. Conocíamos los recodos del arroyo donde podríamos encontrar buena pesca. Ahí lanzamos nuestro anzuelo, pero... mala fortuna, ningún pez se interesó por la voluminosa carnada que se ofrecía.

Horas después, fastidiados por nuestro fracaso, decidimos bañarnos. Río arriba, había un remanso en el que podíamos patalear sin temor a la pedrera.

En el remanso, encontramos a un viejo amigo y compañero de juegos. Alejandro, tan pequeño como un "centavo". El era vaquero de los García, los estableros del pueblo. Estaba sentado bajo la sombra de un inmenso árbol, al vernos se levantó y corrió hacia nosotros, en su mano levantaba un viejo silabario con sus hojas amarillas y maltratadas por el uso. Alegre me explicó:

–¡Ya aprendí las vocales!

Mientras las señalaba con su dedo, principió a nombrarlas:

–¡A...E...I...O...!

Al final sus ojos orientales, se volvieron una rayita y con decisión exclamó:

–¡Aprenderé a leer! ¡Aprenderé a leer!

Mientras chapoteábamos en el arroyo, él continuó tratando de descifrar el silabario, que tiempo atrás le había regalado mi viejo compañero de juegos: mi padre.

Alejandro era tan niño como nosotros, pero mientras nosotros pasábamos la vida jugando, él tenía que trabajar porque era huérfano y ayudaba a su madre con sus sonrisas y trabajando para ella.

Cuando nos estábamos vistiendo, "el Centavo" armado de una pesada y afilada hoja de acero, cortaba de la vega que estaba frente a nosotros, el zacate que llevaría a los pesebres del establo.

-MANANTIAL CON HELECHOS-

Regresamos. Por el camino me detuve en el venero de agua que nacía al pie del cantil, el manantial estaba cubierto de helechos, las palmeadas y triangulares hojas le daban sombra permanente y hacían que las aguas que corrían rumbo al arroyo, reflejaran los colores del arco iris.

Acerqué mi cabeza al líquido elemento y sacié mi sed. Melitón hizo lo mismo. Minutos después volví a cruzar la vía férrea y trepé al talud ayudado por las descubiertas raíces del amate, y volví a mi hogar.

Era domingo, sabía que mi padre estaría trabajando en la farmacia. Mi viejo se había hecho boticario por azares del destino. Una vez un médico de mucha fama, el doctor Manuel Galán Rico, encontró a mi papá trabajando de picapedrero.

-¿Que haces muchacho? -preguntó.

Mi viejo abandonó el marro con el que quebraba piedra y contestó:

-Ya lo ve señor, ganándome la vida.

El medico continuó preguntando:

-¿Sabes leer?

-¡Sí! -afirmó mi padre.

La respuesta agradó al médico, porque le ordenó:

-Preséntate mañana en el dispensario de Salubridad. Vas a aprender a hacer otras cosas.

Al día siguiente, mi viejo se presentó en la oficina de Salud Pública y aprendió con el tiempo a hacer vacunas y fórmulas farmacéuticas. Poco después como cometa apareció en su vida el químico don Horacio Muñoz, que redondeó sus conocimientos de boticario.

Mi viejo nunca olvidó a las personas que tanto le habían ayudado a subir su primer peldaño; y por esta razón había llevado al pueblo a don Horacio Muñoz.

Mi padre me quitó el sombrero de palma con el que me protegía la cara, que estaba roja y quemada por el ardiente sol del trópico.

-FINGIA ESTAR DISGUSTADO-

Queriendo ocultar su sonrisa, me preguntó:

-¡¿De dónde vienes?!

No quise mentir, cerré los labios y no contesté. El insistió:

-¿De dónde vienes? ¡O se lo digo a tu madre!

Me quedé mirando y pensé en la rigidez de ella y mirándole a los ojos le dije la verdad:

-Fui al arroyo a jugar con Melitón.

Fingiendo estar enojado contestó:

-¡Cruzaste la vía del ferrocarril y lo tienes prohibido!

En ese momento apareció mi madre. Cuando la ví, salí corriendo.

Me fui a la calle, llena de campesinos que habían bajado al pueblo a comprar o vender sus mercancías. Me entretuve con Nicho que llevaba unos pavos enhuacalados, e irritados por su encierro me dieron un picotazo. Nicho se rió y me alejé con ganas de jalar a

sus guajolotes de las barbas. Al cruzar por el puesto de Fermín me regaló un raspado de hielo azucarado y me alejé comiéndomelo.

Las casas del pueblo, se extendían como espinazo de dinosaurio a lo largo de la vía férrea. Marché a visitar a los Orozco.

Victoria, hija de doña Rebeca Orozco, era hermosa. Tenía los ojos claro,s las pestañas largas y sedosas, su cabello era del color de las castañas. Por su causa frecuentemente me liaba a golpazos con su hermano Antonio. Busqué a Luis, su otro hermano, y le pregunté:

-¿Está Victoria?

Me la señaló con la mano. Ella estaba en el patio de su casa jugando con una muñeca vieja, tan sucia y maltratada que le faltaba una pierna, me la enseñó y me dijo:

-¡Mira, es Matilde, la quiero mucho!

-Es una muñeca de basurero. -le contesté.

-No importa, la quiero mucho -insistió.

-Te pareces a ella -le repliqué.

-Yo no estoy coja -contestó y se defendió enseñándome su blanca pantorrilla.

-MUÑECA DE BASURERO-

Yo le llevé la contraria diciéndole:

-¡Te digo que tú pareces muñeca de basurero, porque eres bonita, pero chamagosa!

Victoria rompió en llanto. Su mamá que la escuchó vino corriendo.

-¿Qué sucede? ¿Qué sucede? -preguntó al ver surcada su cara por las lágrimas. Ella me señaló con el dedo y exclamó:

-Me dijo que parezco muñeca de basurero, bonita pero chamagosa.

Doña Rebeca me gritó:

-¡Siempre haces llorar a mis hijos!

Luego me amenazó con un palo y tuve que huir.

La tarde caía, el sol acababa de hundirse tras la montaña que limitaba el horizonte. No tardarían en presentarse las sombras oscuras de la noche. Corrí a mi casa. Cuando llegué, la luz brillaba en los bombillos por el fluido que llegaba de la planta eléctrica de don Rubén Velázquez.

La cena fue servida. Cuando terminaron todos de tomar los alimentos, llegó don Horacio con un libro. Un brillante quinqué le fue acercado. Poco después de haberse colocado los lentes en el puente de la nariz, carraspeó un poco y comenzó su lectura. Su voz sonó argentina, fuerte y agradable. No me olvidaré jamás de la obra "El Médico de las Locas", de Javier de Montepin, ni de sus personajes. Sus tremendos actores Fabricio Leclerc, Paula Baltus, Jorge Vernier, Matilde Jancelin, Luciano Jancelin, Claudio El Botero, el tenebroso Doctor Rittner y su espantosa casa de salud.

Por muchas noches escuché la emocionante historia, hasta que al final los culpables, fueron justamente castigados. Al terminar de leer aquella noche su novela, prometió don Horacio leernos "Las Fábulas de Esopo". Yo no sabía qué era Esopo, ni qué era un griego y mucho menos qué era una fábula -le pregunté:

-¿Qué es Esopo?

Me aclaró:

—Es el nombre de un griego, así como tú te llamas Alby, él se llamó Esopo.

-LAS FABULAS DE ESOPO-

No creí que Esopo fuera el nombre de una persona, desgraciadamente don Horacio se dedicó a la bebida y jamás escuchamos de sus labios las famosas fábulas.

-LA ESCUELA-

Marchaba a la escuela. A la espalda cargaba el bolso con mis libros. A la entrada nos formamos. Yo era de los más pequeños y en otra fila se formaban las muchachas. Frente a mí estaba Guillermina Baglieto y Victoria, que ya no parecía muñeca de basurero. Llevaba un vestido nuevo y zapatos lustrosos. El sabio Serafín era de los más grandes. Cuatro orangutanes con los que tenía yo problemas, lo seguían en fila. El último de los alumnos era Tacho, hermano de Guillermina, era el más enano y también el más agresivo. Por cualquier razón, cuando salíamos de la escuela, botaba los libros y su pizarra y para pelear se cuadraba, como veíamos que lo hacían en las fotografías, los grandes boxeadores. A mí me odiaba a causa de Victoria.

Cantamos el Himno Nacional y entramos al salón. Victoria a mi lado me preguntó:

—¿Ya no soy muñeca de basurero?

—¡Ya no! —contesté y le brindé la más dulce de mis sonrisas.

Nuestra maestra, era una fiel copia de doña Josefa Ortiz de Domínguez. Se llamaba Delfinita Díaz de López, y nunca olvidaré que ella me enseñó a conocer las primeras letras con el abandonado pero útil silabario de la época de don Porfirio.

La escuela estaba en Cosolapa. El riel que colgaba de unos alambres a la entrada y servía de campana, marcó la hora de salida. En la calle me encontré con "el Valentón" Ocaña, con Lalo Torres, con Manfrini y con mi gran amigo Adolfo Díaz y sus hermanas Manuelita y Carmela, Juan "el Conejo", "el Chichimeca" Reynaldo, Valentín Reyes, los Pacheco.

-NO SABIA EL NOMBRE DE PAPA-

En la mente me había quedado grabado el nombre de Esopo. El papá de Juan "el Conejo", era compadre de mi viejo y yo lo conocía. Yo no sabía el nombre del papá de Ocaña y le aposté:

-Ocaña, a que adivino cómo se llama tu papá; te apuesto cinco centavos.

-¡No apuesto nada! -Rugió, pero preguntó:

-¿Cómo se llama?

A unas pulgadas de su cara, le grité:

-¡Esopo!

Se me vino encima hecho una furia y tuve que salir corriendo. Mientras me perseguía gritaba:

-¡Eso no se lo vuelvas a decir a mi papá! ¡Eso no se lo vuelvas a decir a mi papá!

El Sabio Serafín, marchaba delante de mí, lo alcancé y le pedí ayuda exclamando:

-¡Ayúdame. Ocaña me quiere golpear y ya me anda alcanzando!

La ayuda del Sabio vino en forma de consejo diciéndome:

-¡Corre más veloz para que no te alcance!

Seguí su consejo deslizándome más rápido por las empedradas calles del pueblo. Como toque de retirada, Ocaña me lanzó algunos proyectiles que rebotaron en las piedras del camino.

Al cruzar por el puesto de Filiberto Bolaños, él me llamó. Me regaló unos dulces y me preguntó:

-¿Qué te sucede? ¿Por qué corres?

-Jugaba al gato y al ratón -contesté.

-¿Y tú qué eras? -indagó.

-El ratón -exclamé sin dejar de sonreír.

Me acarició la cabeza y tornó a averiguar:

-¿A dónde vas?

-A ver a Victoria.

-Vas a tener que correr más duro -me anunció.

-AZUZANDO A LOS BUEYES-

Por el camino crucé con la carreta de caña de Francisco Vivar. El vehículo, falto de grasa en los ejes, al avanzar rechinaba y golpeaba con el hierro de sus ruedas las piedras del camino. Chico, viajaba encima de la estiba y armado de una larga vara, golpeaba continuamente el lomo de los bueyes azuzándolos para que apretaran el paso y marcharan de prisa y les gritaba:

-¡Aja toro, aja toro!

Chico me vio y preguntó:

-¡Eh, Alby! ¿a dónde vas?

-Con Victoria -contesté.

El era un héroe. Cada año representaba la llegada de Cortés a México. Los dos pueblos se reunían y disfrutaban de los cuadros que los actores representaban, haciendo resaltar la cobardía de Moctezuma y el arrojo del despiadado capitán español.

-¡Vamos al trapiche! a Tezonapa -me invitó.

Estiré mi mano y me colgué de la suya, me levantó y me alojó entre los manojos de caña. Cuando pasamos frente a la botica me escondí. Sabía que mi papá no hubiera dicho nada, pero mi madre me hubiera bajado a escobazos del vehículo.

Cuando llegamos me deslicé de la carreta. La caña almacenada, formaba una montaña. Muchos hombres botaban los manojos a una banda sin fin que los arrastraban hasta donde se encontraban los molinos. La caña caía entre los rodillos de acero que la trituraba y su jugo corría hacia los condensadores.

Bajé a las calderas donde encontré a Julián Vázquez y a Domingo Vivar "la Zorra", hermano de Chico. Eran fogoneros. En ese momento, Julián abría las llaves de la entrada del petróleo. Las llamas escaparon rojas y violentas por los desfogues que tenían las puertas. El fuego lamió el aire que nos rodeaba. El ruido era ensordecedor. La fuerza elástica del vapor de agua movía aquel increíble ingenio humano. De lejos escuché el grito de Chico que me anunciaba la marcha. Salí corriendo al camino, Vivar me ofreció una caña, diciéndome:

-Cómela, está tierna.

Regresamos, yo masticaba la blanda pulpa azucarada y Chico azuzando con la pica a sus bueyes

para que apretaran el paso. A punto de morir la tarde, el carretero señaló el rojo sangre del sol y comentó:

—Seguirá el calor.

Mis ojos se dirigieron hacia el globo rojo suspendido como cereza, en el lomo de la montaña. Cruzamos frente a la fragua de don Pedro Zavaleta y brinqué de la carreta que se perdió en la tarde con sus bueyes.

Me metí en la herrería, allí estaba don Pedro, golpeando el hierro con el hierro. Como otras veces iba yo a su fundición a verlo trabajar, no le extrañó mi presencia. Con la cabeza me indicó un sitio para que me sentara mientras él continuaba forjando a golpes la pieza que moldeaba. Fría, sin color, la regresó a la fragua y accionó el fuelle. El aire hizo chisporrotear el carbón y enrojeció el fierro al color del sol suspendido sobre el horizonte. Por el grueso de la pieza calculé el tamaño del sol; cuando mucho éste sería unas doce veces mayor que la pieza que moldeaba don Pedro. Con esta idea me salí a la calle. El globo rojo continuaba colgado como farol, resistiéndose a ocultarse tras la montaña que limitaba el horizonte.

-SU CANASTA SOBRE EL PISO-

En aquel momento cruzó Avelino. Había nacido con sus piernas torcidas y el defecto le impedía caminar bien. Llevaba suspendida de su mano una canasta; vendía "gorditas" con lo que su mamá se ganaba la vida.

Lo detuve, colocó su canasta sobre el piso y me sonrió. Tal vez en mi vida nunca haya recibido una sonrisa tan fraternal como la que me brindó Avelino.

Le pregunté:

-¿Sabes de qué tamaño es el sol?

El volteó a ver el astro, e hizo con sus brazos un aro y me mostró el círculo diciendo:

-¡De este tamaño!

Entonces le mostré la pieza que forjaba Zavaleta y le pregunté:

-¿Como cuántas piezas como esa cabrán en tu aro?

El vio la pieza y aseguró:

-¡Como catorce!

Yo había calculado doce, pero me callé. Llegó Melitón que había salido a comprar petróleo para los candiles de su casa, le repetimos la pregunta:

-¡No sé! -contestó simplemente.

Avelino formó el aro y porfió.

-Como la pieza que hace don Pedro unas catorce veces.

-¡Como doce! -aseguré yo.

Melitón partió la diferencia diciendo:-¡Son como trece!

Avelino levantó su canasta y echamos a andar pueblo abajo. Yo pregunté:

-¿Cómo harán para aventar el sol y que no se caiga?

-¡No lo sé! -contestó Avelino.

Melitón sólo movió en forma negativa la obscura escobilla de su cabeza. Cogí una piedra y la lancé. La piedra dibujó un arco natural y atraída por el campo magnético de la tierra cayó rodando un largo trecho.

-El mundo debe ser redondo -se me ocurrió afirmar.

-¡Mentira! es como una mesa, todo es plano -aseguró Melitón.

Y terció Avelino:

-¡Acuérdate de la lotería de cartones de don José Pizpiote, el mundo es redondo y un hombre lo carga!

Avelino tenía razón; muchas veces habíamos visto la vieja cartulina cuando jugábamos lotería de cartones en la carpa.

-CAZAR TEJONES A PEDRADAS-

Pregunté:

-¿Entonces, cómo tira ese hombre al sol? ¡Se quemaría las manos!

-¡Con honda! -afirmó Melitón.

Yo le creí porque había visto muchas veces salir a su papá a cazar tejones a piedrazos.

-Así debe ser -comentamos.

Pero a Melitón se le atravesó una idea en la cabeza y preguntó:

¿Con qué lo reciben?

-Con canasta de fierro -le expliqué.

-Luego lo llevan a la fragua, lo vuelven a calentar y cuando está al rojo, lo tiran en el día.

Melitón aplicó la aritmética y afirmó:

-Son tres hombres, el que lo carga, el que lo tira y el que lo recibe.

El problema se ponía agudo y Avelino encontró una nueva faceta. Mostró su carta exclamando:

-¿Por qué no lo tiran por las noches?

-¡No habría luna! -vociferó Melitón.

Avelino encontró la llave sosteniendo:

-¡Entonces de día tiran el sol y de noche la luna...!

Melitón llegó al callejón de los García y por ahí se marchó. Yo continué al lado de Avelino y le lancé mi reto:

-¡A que adivino cómo se llama tu papá!

-¡No lo sé! -me contestó con un impresionante tono de amargura y terminó explicando:

-Nos abandonó a mi madre y a mí cuando nací. Nunca hablamos de él en casa.

La tristeza de Avelino hizo mella en mis sentidos. Cambié la plática y le pregunté:

-¿Qué tal te fue hoy?

-Regular -contestó y sacó de su bolsillo algunas monedas de cobre, que me mostró al abrir su mano.

Yo saqué mis cinco centavos y se los ofrecí. El honesto me indicó:

-Sólo que te comas una memela. En otra forma sería limosna.

Abrí la servilleta de su canasta, tomé una memela y me la comí. La dignidad de Avelino me impresionó profundamente, jamás lograría ser un político mexicano.

-LOS DIAS DE CAMPO-

Delfinita Díaz me jaló las orejas y me amenazó:

-Mañana, no vas con nosotros al día de campo, te estás portando muy mal.

Poco después, me le acerqué al Negro Pacheco y le hice la pregunta que tenía días se me había atorado en la garganta:

-¡Pacheco! -exclamé principiando la talla.

—¿Qué quieres? —preguntó ofensivo porque era de la gente del Conejo Juan, de Ocaña y de Manfrini. Yo continué con mi problema y afirmé:

—¡Te juego cinco centavos a que adivino cómo se llama tu papá!

—¡Van jugando! —contestó.

Lo miré receloso y le pedí:

—¡Enséñamelos!

Pacheco no los llevaba y me planteó un negocio chino:

—Si pierdo te los debo y si gano me los pagas.

Yo no quise aceptar el trato, pero él porfiado preguntó:

—¿Cómo se llama?

—¡Esopo! —le contesté.

Pacheco se puso furioso, se me vino encima y nos liamos a golpazos. Luego llegó el Conejo Juan en su auxilio, como yo no podía con los dos, estrellé mi pizarra en la cabeza del Negro. El grafito de la plancha voló en mil pedazos y Pacheco se alejó con un chipote como coyol de palma en la cabeza.

No tardó en llegar el profesor López y nos alineó a punta de reglazos. Pacheco se fue a su asiento y Juan y yo nos fuimos a visitar el pizarrón con orejas de burro. El profesor preguntó el porqué del pleito, pero nadie quiso hablar del asunto. Yo calculando que era un pecado mortal lo de Esopo, cerré la boca y aguanté el regaño.

A LA SOMBRA DE LA CEIBA

Los días de campo íbamos a una vieja y colosal ceiba que daba una sombra agradable. Entre sus

poderosas raíces nacía un arroyo que se alejaba murmurando por el viejo cauce labrado en la ladera de la Loma del Zopilote. El árbol se encontraba cerca de la escuela y estaba rodeado de un verde y tierno césped.

Esa mañana crucé el zanjón por donde corría el ferrocarril, rumbo a la casa de Joaquinita. Estaba enfadado porque Tacho juraba que iba a acompañar a Victoria a la ceiba a una merienda. Elaboré un plan que podía dar buenos resultados.

Cuando Melitón apareció a la puerta de su morada le supliqué:

–Acompáñame.

El me siguió por el cauce del río y preguntó:

–¿A dónde vamos?

–¡Vamos a los jicotes!

Entonces me alertó:

–Esas avispas son muy traicioneras y nos van a corretear.

–¡No nos hacen nada! –le aseguré y continuamos por el lecho del arroyo.

Nos acercamos a donde se encontraban las avispas zumbando amenazadoras alrededor de su morada. Su color amarillo con bandas negras anunciaba su agresividad. Me acerqué a una rama, en su punta, se columpiaba un panal donde pululaban los peligrosos insectos. Con mi navaja principié a cortar la larga y flexible rama del cocuite. Cuando logré desprenderla caminamos por los alrededores del pueblo. Cuando los campesinos nos encontraban llevando la larga rama, se alejaban del sendero. Ellos sabían que con los peligrosos insectos no se jugaba.

Goya, aquella llanera de piel morena, llevaba cargando un tenate con alimentos en la cabeza, protestó en tono alto:

-¿Qué maldad estás prepando? ¡Se lo voy a decir a tu mamá!

Yo no hice caso de su advertencia y seguí mi camino. Cuando llegamos a la ceiba, ya habíamos tenido necesidad de defendernos de las avispas varias veces. En la ceiba colgamos nuestra piñata y yo regresé a la escuela. Cuando Victoria se encontró a mi lado, sonrió y en voz queda confesó:

-No voy al día de campo, me quedo contigo.

Me arrepentí de mi trampa pero ya nada podía hacer. A la hora del recreo los muchachos fueron a jugar a la ceiba y el panal con las avispas cayó entre ellos. Los jicotes enfurecidos atacaron al grupo y aquel día de campo no se efectuó.

-DON RUBEN VELAZQUEZ-

Era tiempo de secas, el zacate que cubría las calles estaba marchito o había desaparecido de los empedrados. Entrada la tarde, me encontré con don Rubén Velázquez, que extendía un enorme lienzo sobre la vía frente a la casa de Rosita y don Fernando, los talabarteros del pueblo. Don Rubén me vió llegar y me miró suspicaz. Esperó mi reacción. Yo pregunté:

-¿Qué hace don Rubén?

El continuó con su tarea y agregó sin dejar de mover sus brazos:

-¡Ayúdame! Trae todas las cuerdas que están en el cajón.

Yo corrí en su busca, ya que se encontraban en la acera contraria. Regresé con los lazos; pero volví a preguntar:

-¿Qué va a hacer don Rubén con esa manta tan grande? y agregué:

- ¿Calzones para nuestros paisanos?

Por aquel tiempo, la gente que vivía en la serranía, llegaba al pueblo vestida con un calzón de manta blanca, una camisa de la misma tela y un ancho ceñidor de hilo de diferentes colores que sujetaba a la cintura el primitivo pantalón de la gente de campo.

Don Rubén se trepó a una escalera apoyada sobre la pared y desde ahí tendió su manta con varias maniobras hasta la casa de enfrente y me ordenó:

-Acércame todo lo que te vaya pidiendo.

Yo insistí:

-¿Para qué es la manta, don Rubén?

El desde lo alto me contestó con una palabra desconocida para mí:

-¡Voy a hacer magia!

Yo me quedé en las mismas, no conocía esa palabra. Ayudé a Don Rubén cargando clavos, el martillo y los lazos, y cayendo la noche, mi amigo había tendido su lienzo de un lado al otro de la calle. Cuando terminó su trabajo volví a preguntar:

-¡Don, Rubén!... ¿Para qué es esa ancheta tan grande?

Me ilustró diciendo:

-Eso que ves es una pantalla y sobre de ella voy a hacer magia, esta noche verás algo que jamás has visto.

Y agregó con fuerza:

-¡Magia!

Fui a la botica a buscar a mis viejos pero me los encontré trabajando recomendando medicamentos para las diferentes dolencias. Al verlos luchar con sus problemas, me desvié y corrí a ver a Bolaños que estaba vendiendo el pan de su horno, al llegar le pregunté:

-Oye Bolaños, ¿tú sabes qué es magia?

Filiberto pensó lo que iba a responder y exclamó:

-¡Ilusión!

Me fui a mi casa decepcionado, no sabía ni lo que era magia ni lo que era ilusión.

-ESCAPO UN POTENTE RAYO-

Esa noche todo el pueblo marchó hacia la pantalla de don Rubén, todos llevábamos en qué sentarnos, yo me acomodé al lado de mi viejo, frente al inmenso lienzo.

A la hora señalada, de los aparatos de Don Rubén, que había colocado frente a su pantalla escapó un potente rayo de luz, se estrelló contra la pantalla y aparecieron imágenes en movimiento y el pueblo principió a disfrutar de la magia del cine. Acompañando a lo que se exhibía, una vitrola tocaba la inmortal obertura de "Poeta y Campesino" de Franz von Supee, la que se me quedó grabada para siempre.

Inolvidable noche. Al otro día el comentario obligado del pueblo era el cine de Don Rubén y sus películas. Yo ahora sabía lo que era magia e ilusión: algo que había sucedido y que podía volver a suceder, o algo que nunca había sucedido, pero en la pantalla de don Rubén podría suceder. Cuando alguna vez me preguntaba Polo Gómez:

-¿Qué vas a ser cuando seas grande?

Invariablemente contestaba por lo del cine:

-"Cinico".

-EL MAPACHE Y EL ARBOL-

Los lunes, con ansia esperaba la llegada del correo. En el periódico "Excélsior" llegaban incluidas historietas cómicas de don Pancho y Ramona, de Mut y Jeff y las llazañas de los Sobrinitos del Capitán Tiburon.

Aquella vez, los sobrinos del capitán Tiburón, decidieron hacerse vagabundos. Yo no conocía la palabra, así que marché a consultar con Bolaños el asunto. Fui a su tienda. Apenas si tenía la altura de su mostrador, por lo que muchas veces tocaba con fuerza sobre la madera para hacerme notar en el local.

-¡Ah, eres tú! -exclamó cuando me vió.

Inicié la plática preguntando:

-Dime Bolaños, ¿qué es un vagabundo?

El indio zapoteca meditó su contestación y me la brindó burlón:

-Es un tipo que no trabaja y camina por todo el mundo.

Yo contesté diciendo:

-¡Eso seré en la vida! ¡Odio el trabajo!

Y sin saberlo había trazado la tangente de mi existencia. Bolaños rió y continué preguntando:

-¿Sabes qué hay al otro lado del cerro del Nacimiento?

Filiberto se rascó la cabeza y anunció:

-Ni siquiera se me había ocurrido pensarlo.

Insistí:

-¿Y atrás del cerro de la Unión?

-¡Ah sí, hay muchos tigres! -contestó.

-¿Y en el cerro que está atrás del campo de pelota en la Loma del Zopilote?

El afirmó:

-¡Por ahí nunca he ido!

Yo aseguré:

-Voy a ir a conocer qué hay detrás de todos los cerros que rodean al pueblo y después vengo y te cuento lo que vea.

Su esposa estaba escuchando y amenazó:

-Le voy a decir a tu mamá que tramas ser un vago.

No le hice caso porque sabía que no lo haría.

Al otro día por la mañana a la hora de ir a la escuela, me presenté en el "changarro" de Bolaños y le pedí:

-¡Dame una torta de las de tres centavos, pero que tenga mucho queso de bola y chile!

¿Pues a dónde vas? -preguntó.

Yo solté mi pensamiento asegurando:

-Soy un vagabundo y quiero ir a conocer lo que hay detrás del cerro de la Loma del Zopilote.

Filiberto rió alegre de mis planes, mientras con un cuchillo cortaba el pan y le ponía grandes rebanadas de queso y chile, -preguntó:

-¿Y Victoria, la vas a dejar?

-Contesté:

-Doña Rebeca no me quiere y si se entera que me llevo a su hija, me va a corretear con la escoba.

Filiberto me entregó la torta envuelta en un papel y eché a andar hacia la casa de Victoria. Me la encontré

rumbo a la escuela. Su sonrisa era dulce como la miel. Por el camino la enteré de mis planes, confiándole:

–Soy un vagabundo y quiero conocer qué es lo que se encuentra detrás de los cerros que rodean el pueblo.

–¿Qué es un vagabundo? –preguntó. Yo le aseguré:

–¡Uno que camina el mundo y no trabaja!

Ella volteó a ver la serranía y comentó:

–¡Queda muy lejos! ¿Y si te pierdes?

–Yo aclaré:

–Por eso te lo digo a ti. También Filiberto lo sabe. ¡Tonta!

–¡No me digas tonta! –murmuró enojada y agregó:

–Le diré a Delfinita a dónde fuiste.

La amenacé:

–¡Si dices algo, no me vuelves a ver!

Me clavó sus hermosos ojos y cruzando un dedo sobre sus labios me prometió:

–¡No diré nada!

En el callejón la abandoné, ella continuó rumbo a la escuela y yo con mi petaca de sueños eché a andar por el mundo.

Era época de secas, los caminos serpenteaban como reptiles gigantescos, aprisionando con sus anillos el gigantesco globo de la tierra. Las herraduras de las bestias de carga quedaban marcadas en el polvo amarillo del sendero. El zacate que nacía en sus bordes estaba gris y sin vida. Crucé por la ceiba en que hacía sus fiestas Delfinita. El arroyo que ahí nacía, era ahora un hilo de agua que se arrastraba perezoso. Subí hacia el campo de pelota y lo crucé. Temblé de emoción, al final principiaba el mundo desconocido para mí. Dí largas zancadas para alcanzar el sendero que llevaba a la

montaña. En un matorral escondí mis libros, mi pizarra y los cuadernos, y así continué la cuesta arriba para ir en busca de lo desconocido.

-A LA EXPECTATIVA-

Lo que ví no me entusiasmó; el paisaje era exactamente igual al que había quedado atrás, los mismos árboles, los mismos matorrales, las mismas aves que levantaban el vuelo al ruido de mis pasos en la breña, el mismo polvo en el camino. Llevaba mi resortera, no con ánimo de matar pájaros sino con el simple deseo de defenderme de alguna inesperada alimaña.

Era corta mi aventura, cuando escuché que alguien me llamaba por mi nombre:

-¡Alby! ¡Alby!

Detrás de mí venía un leñador con su burro. Le decían "Pata de Buey", por su fortaleza física y se llamaba, si mal no recuerdo, Enciso.

Cuando se me emparejó con el burro, me preguntó:

-¿A dónde vas?

Eufórico contesté:

-¡Quiero saber qué hay detrás de la montaña! -y le interrogué:

-¿Tú sabes lo que hay ahí?

-¡Nunca he pasado al otro lado de la montaña! -me indicó.

-¡Pues yo pasaré! -afirmé seguro de mi decisión. El sonrió y pronosticó:

-¡Está lejos y te vas a cansar!

-¡Yo no me canso! -contesté agresivo.

Continuamos andando, me dio una vara y ordenó:

-Arrea el borrico que ya anda como tú, arrastrando las pezuñas.

A mi izquierda corría un arroyo en su borde todo era verde. Un poco más adelante confesé:

-Enciso, espérame un rato, porque estoy cansado.

Me miró burlón, detuvo su jumento, niveló el hacha que cargaba el burro, me montó en su lomo y continuamos el camino. Al llegar a un remanso del arroyo, me bajó del animal y me explicó con autoridad:

-¡Aquí te quedas y me vas a esperar. Yo voy a cortar leña al cerro. Si algo quieres, tú me gritas y yo te escucho!

El cerro no estaba lejos. El camino trepaba como hiedra por la falda de la montaña. El sitio en que me dejó era hermoso. Cerca del arroyo, crecía un cedro gigantesco, sus gruesas raíces se clavaban en la tierra como garras de pantera sobre su presa. Bajo las ramas encontré un sitio cubierto de musgo, sobre el que me senté, y vi alejarse al leñador arriando con su vara a su pollino.

Disfruté la quietud de la mañana quebrada por el murmullo del arroyo que golpeaba entre las lajas de su lecho y continuaba veloz la cuesta abajo, murmurando sin cesar: Soy vida y soy amor y cada gota de mi ser, son lágrimas de un ángel que ha llorado sus desgracias en el cielo. Al susurro del agua se sumó la fuerza del viento que con denuedo movía las ramas del gigante. Jamás olvidaré aquel instante que me enseñó a conocer lo que es en la vida la ternura.

Un golpe de muerte ahuyentó los fantasmas que veía y quebró el silencio de la tarde, el hacha del

leñador lejos se oía, el fierro brutal cortaba con su filo el talle de un árbol que moría. A lo lejos escuché el caer del solitario que dejó de dar gracias a Dios por darle vida. Medité que ahora el pollino llegaría cargando los despojos de un muerto con olor a copal o a trementina o con hedor de despejo en cementerio. Fue noble el árbol porque jamás hizo daño a ser viviente, siempre cobijó bajo su sombra al que buscó el alivio entre sus brazos. Al ave le brindó su brazo fuerte, mientras sopló el vendaval su poderío.

En eso pensaba, cuando llegó Enciso con el burro cargado de leña, llegaba risueño y comentó:

-¡Acabe pronto!

Traía un calabazo con agua y me la ofreció. El agua estaba fresca y sabía a jarro. No quise probar su comida; de mi torta le ofrecí la mitad que me quedaba. Minutos después regresamos al pueblo.

El árbol y el arroyo me entusiasmaron, continuamente me escapaba y disfrutaba al ver correr el agua entre pedruzcos o de la fresca sombra que brindaba con sus ramas el gigante.

-UN GRAN SUSTO-

Una mañana recibí un gran susto. Un mapache seguía con la vista a un escuadrón de abejas, resbaló en una piedra y cayó al agua. Yo después del susto me reí del accidente y él apareció todo ensopado. Al estruendo de mi risa, volteó a verme cauteloso, pero al comprobar mi tamaño, me gruñó desafiante y me mostró la fuerza de sus uñas. No me prestó más atención y continuó vigilando a las abejas, que siguieron zumbando en su

trabajo. Encontré al mapache tantas veces a la orilla del arroyo, que lo sentía mi amigo. Lo creía un solitario como yo, pero un día me dio la gran sorpresa.

Siempre llegaba al río escondiéndose entre los arbustos de la orilla. Observaba si no había algún peligro. Esta vez actuó lo mismo, me vio, pero definitivamente me ignoró. Se internó en la espesura y poco después regresó con la señora mapache que llegaba vigilando a sus pequeños.

Los mapaches se metieron en el agua y enseñaron a nadar y pescar a sus retoños. Cuando algo no salía bien, obligaban a sus hijos a repetir la lección. Poco después el mapache abandonó a su familia para regresar con unos plátanos. Los pequeños fueron los primeros que disfrutaron de la golosina. La señora les enseñó a lavar su merienda. Los frutos me entusiasmaron; traté de hundir mis pies en el agua y disfrutar de su comida. La familia entera me mostró sus uñas desafiantes. Poco después ganaban la orilla y se perdieron por un sendero entre la jungla.

Los seguí con la esperanza de encontrar el fruto, sobre un alambre de púas, descansaba un racimo de bananos maduros por el calor y por el tiempo. Me acerqué y tomé uno. Iba a pelarlo cuando aparecieron los mapaches defendiendo su fortuna. Salí huyendo hacia el arroyo, pero dos o tres veces los ofendí llamándolos:

-¡Ladrones! ¡Trapaceros!

Otra mañana al llegar al árbol me encontré con que las abejas volaban desafiantes. Sus escuadrones de ataque buscaban afanosas al que hurtaba la miel de su colmena. Me retiré, sabiendo que podía ser blanco de su furia. Poco después, cuando las ví calmadas, regresé.

Entonces descubrí al malechor. El mapache estaba escondido entre los arbustos de la orilla. Con sigilo sacó la cabeza, espió a las abejas que trataban de reparar el daño que había sufrido su morada. Minutos después él se marchó por el sendero y regresó más tarde acompañado de toda su familia.

-HUIDA DE LA FAMILIA-

Los pequeños fueron llevados hasta donde se encontraban los pedazos del panal llenos de miel y en forma glotona los comieron. Papá y mamá se subieron al tronco del árbol por donde continuaba escurriendo la miel y la lamieron. Las abejas los localizaron y la familia salió huyendo en medio del arroyo.

Otro día, estaba bajo el árbol cuando escuché detonaciones. No me levanté por temor a las balas pedridas. Poco después escuché las voces de los cazadores, eran gente del pueblo y yo los conocía.

Sentí una angustia mortal; uno de ellos llevaba colgando de la cola a un mapache y su cuerpo goteaba sangre. Pensé en mi amigo y en sus hijos que habían quedado huérfanos. No me moví del sitio y pensé largo rato en la crueldad del hombre.

Un ruido en la hojarasca rompió mi concentración, reí feliz, al otro lado del arroyo se encontraba él con toda su familia. Le tiré mil pedruzcos para que se alejara de aquel ya peligroso sitio. Con un bote abandonado hice mucho ruido. Los mapaches asustados huyeron y creo que jamás volvieron al remanso.

Tenía tiempo de no ver al leñador. Aquella mañana lo encontré por el sendero. Como siempre me platicó las

historias secretas del arroyo y continuó su viaje arriando a su pollino con la vara.

Me quedé en mi árbol y me extrañó no escuchar el golpe seco de su hacha. Pronto regresó y comentó sin entusiasmo:

–Hoy no encontré leña en los senderos.

Me convidó de su merienda, comíamos, cuando jaló el hacha amarrada sobre el burro. Pegó con fuerza contra el cedro y sentenció:

–¡Mañana lo tiro!

El hacha quedó clavada en el alma del gigante y la savia corrió por la herida como sangre a borbotones. Cuando ya nos íbamos, vi que el árbol no tenía sus hojas erguidas contre el viento. Estaban caídas como badajos de campana, que recuerdan la languidez de un moribundo.

Al otro día regresé al remanso. Esperaba que Enciso no tirara el cedro y le supliqué lo perdonara. Todo fue inútil; él comentó simplemente: la salvaje rigidez que empuja por el camino de la vida.

–¡Tengo que comer con mi familia!

El leñador enarboló su acero y principió a golpear al sentenciado. No quise ver el final y llorando me alejé dando la espalda. Por el monte escuché el resonar del hierro sobre el cuerpo del gigante. Desde lejos mi imaginación dictaba lo que abajo sucedía:

El árbol que moría, gemía y en silencio repetía:

–¡Ay, ay, ay...! –le dolía cada vez que el filo del hacha lo cortaba y hacía más profunda lo hondo de su herida y murió de pie como acaban los valientes, mirando con desprecio al que en forma artera había sacrificado su existencia.

Comenzaba a entrar el verano, y a grandes zancadas se acercaba la época de lluvias. Los truenos y los relámpagos se sucedían constantemente. Las tardes eran calurosas. Frecuentemente soplaba un viento que levantaba nubes de tierra o desgajaba las ramas de los árboles.

Mi viejo caminaba hacia la calle, levantaba la vista y escudriñaba el horizonte augurando:

-¡No tarda en llover!

Fue verdad, pesadas nubes cárdenas se acumulaban amenazantes en el cielo y presagiaban cercanas tormentas. La tierra seca estaba cuarteada, un polvo amarillo y sutil alfombraba los caminos. En los árboles las hojas se veían estrujadas, oscuras silicosas, como si la vejez hubiera tocado a su puerta muy temprano. Los techos de las casas en el pueblo eran de láminas de zinc. Cuando una de ellas se desprendía del clavo que la sujetaba a la madera, el viento la azotaba con fuerza y amenazaba desprenderla. En esos casos, había que traer la escalera, martillo y clavos y volverlas a sujetar. Por esa razón mi papá trepó al caballete de la casa y blandió su herramienta para volver a clavar las hojas sueltas que la próxima tormenta amenazaba con arrastrar entre sus pliegues.

Por fin, 'las primeras gotas de agua, gordas como uvas, cayeron y sobre la lámina de zinc, se inició una música agradable.

¿A quién no le agrada esa música?

A mí me fascinaba que lloviera. El danzar de la lluvia sobre la lámina de zinc arrullaba nuestro sueño y lo hacía profundo. Aquel día me detuve a mirar el firmamento; no se distinguía, un grueso capote de nubes lo ocultaba todo, parecía que el viento hiciera un tirabuzón con las nubes y enrollándolas las exprimiera hasta sacarles la última gota de agua.

Para los grandes, la lluvia era signo de vitalidad económica, para nosotros, era anuncio de que nos podíamos dedicar a otras actividades. No había caño en el pueblo que no desviáramos para hacer presas, o no había día que no fuéramos al arroyo de Melitón, que entonces se volvía un mugiente río que arrasaba con todo lo que encontraba en su rivera.

Me enterré en el barro de la calle y por no llevar bien atado mi zapato se perdió en el lodo de la carretera. Regresé a mi casa con un zapato menos. Ahí principiaron mis problemas tratando de explicar a mi madre dónde y cómo había perdido mi bota. Esa noche me fui a la cama temprano y castigado me impusieron las cuatro paredes de mi cuarto.

El agua caía insistente, llovía a raudales. Afuera entre el pasto crecido y verde como esmeralda, cantaban las ranas y los sapos. El coro se distinguía perfectamente. Rompía el silencio un sapo y tras sus poderosos "crok, crok, crok..." continuaba el "rak, rak, rak..." de las ranas. Poco después sapos y ranas entonaban su sinfonía, que con ligeros intervalos continuaba hasta la madrugada.

Esa noche quedó abierta la puerta de mi cuarto, algunas veces en la negra noche, los cocuyos cruzaban como estrellas fugaces el obscuro telón del universo e

iban a perderse al infinito. La luz de un quinqué iluminaba la escena. Yo leía algunas de las tareas que nos había impuesto Delfinita.

A la puerta de mi encierro, llegó saltando un sapo, se detuvo en el dintel y con su croar incontenible me ofreció su simple serenata. Era de los renacuajos más grandes que he visto, un verdadero Atlas entre los batracios. Me levanté y sin tratar de hacerle daño, lo lancé con una tabla entre la grama del patio, me volví a la cama y continué con mi tarea. No tardó mucho en regresar haciendo gala de su poderosa voz de bajo. Levanté mis ojos del cuaderno, él se encontraba frente a mí retador. La luz de la bujía volvió brillante su negra piel, sobre la que resbalaban las gotas de lluvia que había dejado el pasado aguacero.

-SU CANTAR INTERMINABLE-

Sus ojos saltones, maliciosos y burlones, me escudriñaron insistentes, mientras su entreabierta boca, dejaba escapar un cantar interminable. Me volví a levantar y sin tratar de lastimarlo, lo tiré entre la maleza que crecía al borde del cercado.

Pensé que esta vez el remedio sería infalible, porque lo había tirado tras el cerco de verdura que nacía al borde de la casa.

No pasó mucho tiempo cuando escuché otra vez su poderoso y rítmico saludo. Apareció en una esquina de la puerta y donde la oscuridad era más profunda y apenas si se atrevía a lanzar su cabeza en la claridad de la luz.

Esta vez abandoné las notas que tenía en el cuaderno y me dediqué a contemplarlo. El, al no sentirse

amenazado, avanzó su cuerpo de un salto y sentado sobre sus cuartos traseros, no dejaba de croar. No tenía los ojos completamente abiertos y sus párpados caídos, le daban a su rostro un aspecto agradable. Su boca por naturaleza grande, se veía más amplia como si tratara de sonreírme. Cuando vió que no me moví para echarlo afuera, saltó al centro de la habitación y desde ahí continuó obsequiándome su desenfrenada serenata.

Yo, con mucho sueño, lo invité a que brincara a una caja de zapatos vacía. Cuando lo hizo, calló su cantaleta y creo que los dos nos quedamos dormidos. Por la mañana, antes de marchar a la escuela, lo boté entre el zacate y me fui pensando que no lo volvería a ver nunca.

La curiosidad es madre de muchas desventuras, pero algunas veces de la fortuna. Esa noche se me ocurrió dejar la puerta de mi cuarto abierta, minutos después llegó él dando enormes saltos. Se detuvo donde la luz lo bañaba y principió a croar su monótono estribillo. Veía yo sus párpados entornados y su boca sonriéndome. En mi corazón nació un sentimiento y en mi mente una idea: el batracio aquel quería ser mi amigo. Cuando dos amigos se encuentran, se saludan y se sonríen, y así fue como lo recibí. Quise croar como él para demostrarle mi afecto, pero no pude. El se calló mientras yo lo intenté, cuando fracasé, él volvió a lo suyo.

Lo metí en la caja de zapatos y lo subí a mi cama, quedando bien escondido bajo la tela del mosquitero que cubría mi lecho.

Me quedé pensando, no me gustaba llamarlo sapo aunque lo fuera; razoné que debía ponerle un nombre y

se me ocurrió bautizarlo como Esopo. Estaba seguro que con él no tendría fricciones como las últimas que había tenido con humanos. Por lo tanto mi amigo se llamó Esopo.

Aprendí algo, que no sé si haya sido en especial de Esopo, o si es común en todos los batracios. Si se le hacía cosquillas en la garganta, croaba continuamente; pero si se le rascaba la cabeza, Esopo se callaba. Aquella facultad fue clave para mis travesuras.

Por las noches cuando el sueño se clavaba en los ojos de mis padres, le rascaba la garganta a Esopo y él se anunciaba con su poderoso croar y el concierto retumbaba en toda la casa. Mi viejo, que no podía dormir, se levantaba furioso y buscaba al batracio hasta debajo de mi cama. Algunas veces se me acercaba y preguntaba:

-¿No escuchas un renacuajo dentro de la casa?

Y yo siempre contestaba lo mismo:

-¡Yo estaba dormido!

Cuando él se alejaba fastidiado de dar de palos en el vacío, yo encendía mi vela y veía la caja de zapatos donde vivía Esopo y aparecía radiante y sonriendo malicioso, satisfecho tal vez de haberme ayudado a efectuar una picardía. Y lo leía en sus ojos, en los que había un sentimiento de amor que jamás he encontrado en los humanos.

-ESTABA TRISTE-

Una mañana despuntando la aurora, eché afuera de la casa a Esopo para que fuera a cazar insectos. Noté que no era el Esopo cantador y bailarín de otras veces.

Lo ví muy triste, daba pequeños saltos y se detenía; volteaba la cabeza y me miraba como si fuera la última vez que nos encontraramos. Lo levanté del suelo, le miré entre las patas por si algo le encontraba, pero no vi nada anormal en su cuerpo. Lo coloqué otra vez en el piso y él continuó alejándose como si tuviera un gran dolor clavado en las entrañas. Antes de brincar a la maleza, donde lo perdería de vista, volteó y me clavó la luz de sus saltones ojos. Aquella mirada de amigo nunca la olvidaré. Dio un salto más y fue tragado por la grama de la espesura.

Esa noche dejé abierta la puerta de mi cuarto para que él regresara, pero el tiempo se fugó veloz como danza de las horas y él no volvió. Esos días anduve muy triste. Victoria me reclamó:

-¿Por qué no vienes a buscarme?

-¡No he tenido tiempo! Pero hoy voy.

Filiberto me vio y me ofreció en voz alta:

-¿No quieres dulces?

-Hoy no Filiberto -le contesté.

Fermín me ofreció un raspado de hielo azucarado, pero lo rechacé. Hacía muchas noches que Esopo no aparecía, así que cerré mi puerta por temor a una serpiente.

Me encontraba dormido, cuando entre sueños escuché un croar inconfundible. Creí que todo era una ilusión, que todo se debía a un agradable sortilegio. Segundos después, al despertar, abrí la puerta y ahí se encontraba Esopo bañado por una constante lluvia.

Cuando entró, yo tenía ganas de llorar de alegría porque había regresado y lo saludaba:

-¡Hola Esopo!... ¡Hola Esopo!... ¿Cómo te ha ido?

Brincando a su lado lo seguí mientras se dirigía a su rincón preferido. En aquel momento tenía deseos de dominar su lenguaje y decirle que lo que había hecho no resultaba una acción de amigos.

Traje la caja de zapatos para que saltara dentro, pero no lo hizo. Sentado en el piso me miraba clavándome sus enormes y adormilados ojos como si quisiera retenerme en sus pupilas para siempre, y tal como solía hacerlo en otras ocasiones sonreía profundo, para demostrar su afecto.

Permaneció largo rato contemplándome. Después, principió a dirigir sus brincos hacia la puerta. Esta vez sus ojos estaban triste y en su cara se notaba un rictus de amargura.

Sus saltos eran cortos, comprendí que Esopo no quería marcharse pero había algo superior a sus fuerzas que lo obligaba a abandonarme.

Pronto comprendí su razón. Cubierta por la oscuridad, había una rana. Al abandonar el círculo de luz, Esopo se le acercó y como señal de despedida, los dos principiaron a croar a coro. Poco después dieron una vuelta y saltando al mismo tiempo desaparecieron para siempe entre las sombras oscuras de la noche.

-POLO GOMEZ-

Polito Gómez, compadre de mi viejo, una tarde nos invitó a un paseo al Nacimiento. Venero de agua que nace en la punta de uno de los cerros que rodean al pueblo.

De la tierra roja como grana nacían verdes sementeras. El camión se deslizaba zumbando, entre

inmensos campos cultivados de caña de azúcar. Días antes éstos eran grises y sin vigor; ahora estaban verdes como olivos y mostraban los primeros brotes de su nueva vida. El camino estaba imposible, las constantes lluvias habían vuelto lodazales los senderos. Las llantas traseras de los vehículos iban provistas de cadenas, que no permitían patinar a las ruedas dentro del largo fango del camino.

Avanzamos y algunas veces rugía la máquina, tratando de sacar al camión de algún atascadero.

Por fin llegamos al Nacimiento. El arroyo que en la época de secas, permitía cruzarlo a pie, ahora llegaba como todo poderoso, altanero y rezongando por su fuerza. El agua subía peligrosa hasta la altura del puente que había para cruzarlo. Polo no brincó los límites de la prudencia y no cruzó por los crujientes puntales de madera.

Nos acercamos a ver el río que mugía de cólera. En ese momento, un hombre montado a caballo y armado con una escopeta que llevaba cruzada en la espalda dibujó su silueta sobre la estructura de madera. Los cascos del caballo resonaron sobre los tablones del piso, venía vestido de pantalón obscuro y camisa blanca. En la cintura llevaba fajado un cinturón con muchas cargas de cartuchos.

Después de cruzar el puente, saludó a Polo y le preguntó:

-¡Don Leopoldo....!, ¿no ha visto usted de casualidad a Chico Vivar?

Polo le respondió:

-¡No, no lo he visto!

El hombre continuó cabalgando. Y lo ví perderse al trepar una cuesta del camino apretando el paso del caballo.

Después regresamos y pasamos por el campo de fútbol, el juego se había suspendido, la gente formaba corrillos comentando lo sucedido. Chico Vivar fue cobardemente cazado a mansalva por el hombre que habíamos encontrado en el camino. Mal herido fue retirado del campo de pelota. Poco después moría y un amigo de Vivar en una celada, acabó con la vida del agresor. Recordaba a Vivar, ya no volvería a ser soldado de Cortés en la mascarada que se hacía en el pueblo.

La nueva tragedia me dejó lesiones, en unos cuantos días había perdido mis más inolvidables amigos. De los buenos y los malos, sólo queda en los mortales un recuerdo. Así me sucedió a mí. El recuerdo de mis inolvidables amigos, ha quedado en mi memoria para siempre.

-EL CORONEL MELQUIADES-

Aquellos días eran tiempos de revoluciones. Al pueblo llegaban los bandidos autorizados del gobierno y como es clásico amedrentaban al pueblo para extorsionarlo.

Después llegabahn a los balazos otros bandidos, y usando los mismos métodos que los oficiales, saqueaban a los pobladores, y pobre del que se resistiera, porque los caños de los rifles apuntaban amenazando escupir sus balas.

En medio de aquella basura, brillaba un militar de la época de Don Porfirio Díaz y compadre de él, don

Higinio Aguilar. Un hombre que peleaba contra los rebeldes y contra las chusmas armadas del gobierno. Don Higinio por aquella época en que lo conocí ya andaba sobre los setenta años, pero montaba a caballo y era tan fuerte como un dragón a los veinte.

Una tarde se presentó en el pueblo un bandido como tantos que tiene el gobierno, el llamado coronel Melquiades. Sus tropas caracolearon en el empedrado de las calles y cerraron las salidas del caserío.

Poco después, a los golpes de un riel que servía de campana, el pueblo se reunió en las aulas de la escuela. Yo llegué acompañando a mi viejo, y ahí me encontré con Victoria que acompañaba al suyo.

El coronel, que tenía perfil de trombón prusiano, todo retorcido como charamusca, dirigió sus palabras al pueblo y acusó:

-¡Tengo entendido que en este pueblo se protege a los revolucionarios -y ordenó:

-¡Que den un paso al frente los que ayuden a los rebeldes!

Nadie dio el paso al frente. La etílica voz del "trombón" sopló de nuevo y rompió el silencio formado, anunciando:

-¡Este pueblo lo voy a quemar, porque está lleno de enemigos!

Y para que vieran que su amenaza no era baladronada de ciego sin garrote, sus infantes encendieron hachones que tiznaban de humo las vigas del techo de la escuela.

Don José, el papá de Victoria, no se amilanó y protestó a gritos contra la arbitrariedad, exclamando:

-¡Aquí llegan los rebeldes y nos roban el fruto de nuestro esfuerzo. Después llegan las tropas del gobierno y con iguales métodos que los de los bandidos nos roban y asesinan!

El coronel con la voz estropajosa por el alcohol, preguntó:

-¿Cuáles tropas?

-¡Los soldados de Panuncio! -anunció Don José.

Todos sabían que Panuncio era un cuatrero amnistiado y jefe de todos los forajidos que el gobierno sostenía en la región.

El coronel carraspeó un poco, como si tuviera atorado un pedazo de totopo en la garganta; aclarando el tamaño de su justicia vociferó:

-¡Consíganme diez mil pesos plata para que no siga adelante esta investigación!

Don José Orozco no se amilanó y exclamó frenético:

¡Todos los gobernantes de México, después de Porfirio Díaz, siempre serán iguales, ¡ladrones! ¡rateros! ¡piratas!

El trombón prusiano soltó mil insolencias y ordenó a su gente: ¡Que ninguno de estos enemigos de la Revolución abandone la escuela. Aquí hay muchos traidores a la causa y hay que fusilar a algunos!

Ante el azoro general, los soldados rodearon con las armas en la mano a los vecinos del pueblo. Sonó tétrico el seco golpe de los cerrojos de los rifles al cargar en sus recámaras el mortal cartucho. Los prisioneros se apretujaron en el centro del salón, en tanto el Coronel Melquiades medía con grandes zancadas el piso.

Poco después mi viejo protestaba por la arbitrariedad. Sus palabras enardecieron al coronel, que ordenó a sus soldados:

–¡A todos los que señale, sáquenlos al patio. Vamos a formarles cuadro y fusilarlos!

Las mujeres lloraban al ver cómo sus hombres marchaban entre los harapientos soldados de Melquiades. En el patio los prisioneros fueron puestos en fila y los soldados apuntaron sus rifles sobre los detenidos.

Todo mundo asustado, esperaba la fatal descarga. Melquiades continuaba agotando una botella de tequila que sostenía entre sus manos.

La noche se vino encima y "el Trombón" ordenó que los prisioneros con la tropa regresaran a la escuela. Por la mañana la amenaza continuaba. El bandido no había recibido el dinero que exigía. Ebrio como se encontraba, era capaz de cualquier barbaridad.

Afortunadamente uno de los Meza, que conocía la cobardía de Melquiades, llegó con el cuento de que se había encontrado en el camino con las avanzadas de don Higinio Aguilar en misión de reconocimiento y que sus tropas no tardarían en llegar al pueblo.

Al esbirro del gobierno, se le bajó la borrachera, le mandó a su clarín de órdenes, que tocara concentración y retirada. A media mañana, Melquiades desaparecía con sus tropas, no sin dejar de echar algunas bravatas vociferando:

–¡Díganle al viejo que me voy porque me sorprendió, pero dentro de tres o cuatro días regreso para ver de cuál cuero salen más correas!

Para fortuna del pueblo, aquella aventura terminó felizmente, por la gallardía de los hombres que había dejado Don Porfirio.

-MI PADRINO DON JULIAN CASAS-

Mi padrino don Julián Casas, por las noches tenía la costumbre de ir a la botica a platicar de política, por alguna medicina o para escuchar tocar la guitarra a mi viejo. Aquella noche había ido a felicitar a mi papá porque se había librado de Melquiades el temible matarife del gobierno. Cuando lo ví, me quité mi sombrero de palma y en tono respetuoso exclamé:

-¡Beso su mano padrino y espero su bendición!

Mi padrino me bendijo y lo mejor que siempre sucedía, era que me regalaba una moneda de cinco centavos, y por lo general yo huía a la calle a gastar mi fortuna. Alguna vez escuché a mi viejo recomendar a mi padrino contrariado:

-¡No lo haga compadre, no le dé nada, que a usted lo respete porque es su padrino, que no compre su bendición, usted no conoce a su ahijado, es un tunante!

Mi padrino sentenciaba:

-¡Déjelo compadre, jamás volverá a ser niño!

-LA REBELION DE LOS CORONELES-

La efervescencia revolucionaria prendió en el pueblo y se formó un grupo de alzados. Lo curioso de aquel grupo, fue que todos resultaron coroneles, nadie quiso un grado menor. Para tener soldados, los coroneles armaron a sus peones con "chinamperas", viejos fusiles

de chispa que había que cargar por la boca y que hacían más ruido que daño y alguna antigua pistola calibre cuarenta y cuatro que sí eran efectivas, pero que afortunadamente no había cartuchos para ellas.

Esa noche, el pueblo se adornó con banderas, y cada minuto cruzaban el cielo cohetones, que al estallar soltaban una cauda de estrellas de colores. En el local que ocupaba el cine fue la reunión de los rebeldes, ahí era donde exponían sus puntos de vista y ambiciones.

Resultó que después de algunos discursos, el pueblo se hallaba en pie de guerra y en las horas que siguieron se podía escuchar el trotar de los caballos por el empedrado de la calle, y los vivas de los anónimos en favor de sus futuros explotadores. La rebelión se celebró en forma escandalosa porque el licor corrió generoso por las gargantas de los alzados.

Para la madrugada entre el nuevo grupo de militares, no había quien pudiera dar un paso y terminaron durmiendo en sus cuarteles la borrachera que habían pescado.

Muy entrada la mañana comenzaron a salir a la calle. El primero que desertó y se regresó al llano fue Arrieta, argumentando que don Higinio Aguilar no podía soportarlo ni en fotografía, agregando que todo era debido a algunos "chismes" que le habían corrido al viejo, mal informándolo.

Acudió a la botica porque era amigo de mi papá, abrió su tenate que le colgaba al hombro y se puso a sacar botellas vacías y enseguida escuché su conocido grito:

–¡Eh Beto... dame algunos aceites y aguas que necesito para curar a las gentes en el rancho!

Mi papá preguntó:

--¿Qué pasó con la revolución, Arrieta?

-¡Mira Beto! -comentó- Yo ando en estas danzas desde 1915 en que me declaré Dragón Villista y esta revolución de los "coroneles" no llega ni a la Pochota.

Mi papá rió alegremente, la Pochota era una ranchería que se encontraba a tiro de piedra del pueblo, y continuó su charla asegurando:

-¡Están muy desorganizados! Ya ves los peones de Cenobio Barrios, sólo traen machetes; yo le aconsejé que cortaran varas e hicieran lanzas, leí en alguna ocasión que Miguel Hidalgo con esto armó a sus tropas y ganó batallas.

Y rascando para sacarle más, mi viejo comentó:

-¡Pero ayer tú estabas de acuerdo en todo! - aclaró:

-Es cierto Beto, pero ayer había mucha "chupasclilla" y tú sabes que jamás le doy la espalda a un trago y mucho menos si son aguardientes españoles. Pero el culpable de todo es Eugenio, que se empeña en unirse con las tropas de Higinio y tú sabes que el viejo no me quiere ni como santo para que le desvíe las balas que le tiren. Te encargo Beto que le hables bien de mí al general. Yo no tengo la culpa si en mis potreros aparecen toros o novillos de otras gentes, mis pastos siempre son verdes y tiernos por el arroyo que los recorre.

Luego se refirió al susto que el coronel Melquiades le había dado y comentó:

-¡De la que te salvaste, yo conozco a Melquiades, por ladrón era candidato a la horca. En la época de